

Liaudat, S. (2019). La divina obsesión o acerca de la inherente precariedad del sentido en la condición humana. *XI Jornadas de Investigación, Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional*. 12 y 13 de septiembre de 2019. La Plata: Facultad de Trabajo Social (UNLP).

## **RESUMEN**

El ser humano es el único animal que trasciende a la naturaleza. Somos parte de ella pero las respuestas instintivas (naturales) ya no nos satisfacen. Mediante la cultura intentamos construir sentidos que cierren esa grieta abierta por la aparición del lenguaje y la conciencia humanos. Pero estos sentidos (de vida) se muestran inherentemente precarios por las mismas características del lenguaje como estructura del pensamiento humano. Razón por la cual presentamos a la condición humana como aporética, en la búsqueda obsesiva (a lo largo de la historia) de un sentido absoluto, final, divino, que siempre termina mostrando su carácter relativo y precario.

## **PALABRAS CLAVE**

CONDICIÓN HUMANA – ANGUSTIA – SENTIDO DE LA VIDA – TEOLOGÍA – LINGÜÍSTICA - FILOSOFÍA

## **ABSTRACT**

The human being is the only animal that transcends nature. It is part of it but instinctive (natural) responses no longer satisfy it. Through culture, try to build senses that close that open crack by the appearance of human language and consciousness. But these (life) senses are inherently precarious because of the same characteristics of language as structure to human thought. For this reason, the human condition is presented as aporetic, in the obsessive search (throughout history) of an absolute, final, divine sense, which always ends up showing its relative and precarious character.

## **KEYWORDS**

HUMAN CONDITION - ANGST - SENSE OF LIFE - THEOLOGY - LINGUISTICS – PHILOSOPHY

## **RESUMO**

O ser humano é o único animal que transcende a natureza. Faz parte da natureza, mas respostas instintivas (naturais) não satisfazem mais o ser humano. Através da cultura, tente construir sentidos que fechem essa rachadura aberta pelo surgimento da linguagem e da consciência humanas. Mas esses sentidos (da vida) são inerentemente precários por causa das mesmas características da linguagem que a estrutura do pensamento humano. Por esta razão, a condição humana é apresentada como aporética, na busca

obsessiva (através da história) de um sentido absoluto, final, divino, que sempre acaba mostrando seu caráter relativo e precário.

### **PALAVRAS CHAVE**

CONDIÇÃO HUMANA - ANGÚSTIA - SENTIDO DA VIDA - TEOLOGIA -  
LINGUÍSTICA - FILOSOFIA

---

### **PONENCIA COMPLETA**

Autor: Santiago Liaudat (FTS-UNLP-Argentina).

Correo de contacto: [santiago.liaudat@gmail.com](mailto:santiago.liaudat@gmail.com)

### **LA DIVINA OBSESIÓN O ACERCA DE LA INHERENTE PRECARIEDAD DEL SENTIDO EN LA CONDICIÓN HUMANA**

*Quizá yo acabe por gastar el Zahir a fuerza de pensarlo y de repensarlo,*

*quizá detrás de la moneda esté Dios.*

“El Zahir”, J. L. Borges (1949)

#### **El sentido como forma de eliminar la angustia**

Somos seres sociales por naturaleza. No hay humanidad sin sociedad. Un niño salvaje, criado entre animales, es un *homo sapiens*, pero no un ser humano: comparte nuestra estructura biológica, pero no la psicológica. Y ello porque la psicología del individuo, que hace de este animal peculiar un humano, es resultado de su desarrollo en un cierto entorno social. Pero, ¿es que el niño salvaje no pudo haber crecido en una *sociedad* de animales (por ej., una manada)? Ciertamente, pudo haber sido así o no, pero esto es irrelevante para el caso. La *sociedad humana*, no es cualquier asociación de animales, ya que ella desarrolla *cultura*, y ésta emerge precisamente de la ruptura con nuestra animalidad.<sup>1</sup>

En el estado animal la relación con el mundo es de estímulo-respuesta (E-R), está guiada por el aparato instintivo heredado; no hay margen para la interpretación, ni la duda. Entre el mundo natural y el animal no hay separación, hay una relación de inmediatez. El puma que huele un ciervo no se interroga

---

<sup>1</sup> Para ver esta concepción de cultura se puede leer Freud (1988).

sobre si está bien atacarlo o no: lo hace.<sup>2</sup> Incluso, la asociación de animales (cardumen, manada, bandada, etc.) desarrolla “códigos de señales”, pero estos son unilineales, se rigen por el modelo E-R: a cada señal, una respuesta.<sup>3</sup> *El estado animal se encuentra así en un plano de inmanencia con la naturaleza, no la trasciende, se encuentra como sumergida en ella: ella es la naturaleza viviente misma.*

Cuando este animal que es el *homo sapiens* a partir de una evolución inédita en el uso de esos códigos de señales, introduce una fisura en la relación lineal E-R, estamos a las puertas de la cultura. Ese *medium signico* que desarrollaba su función en un plano de inmanencia con la naturaleza (no afectaba la inmediatez de la relación con el mundo), empieza a despegarse de sus funciones “naturales”, a hacerse un fin en sí, a permitir la abstracción, a convertirse en *lenguaje*. Y el lenguaje es ruptura de la relación lineal E-R: a partir de ahora entre este animal y el mundo está la *interpretación*. Nuestra humanidad, a todo nivel, psicológico, sociológico, ontológico, está marcada por esta situación existencial: las respuestas instintivas ya no nos satisfacen. Y esta ruptura con lo inmanente de la vida natural nos ha abierto a la *angustia* de la libertad, así como la aparición de lenguaje introduce en el mundo la duda, el vacío, la *trascendencia*.<sup>4</sup>

La paradoja esencial de nuestra condición humana es que siempre nos atraerá como un imán la imagen de la unidad originaria natural, de una vuelta a una relación de inmanencia con el mundo.<sup>5</sup> Pero esa inmanencia es permanentemente violentada por la trascendencia del lenguaje. Y ello es inevitable, porque no optamos por la libertad ni por el lenguaje: nos encontramos *arrojados* en ellos. Así, como Sísifo, estamos condenados a un trabajo inacabable. Así, como el Zahir, la imagen de la unidad perdida, en mil formas, es pensada y repensada por nosotros hasta la muerte, y nos obsesiona como al personaje borgeano, con la esperanza de encontrar a Dios.

Pero, ¿cuál es la moneda que encierra al Zahir, al nombre de lo innombrable? Si decíamos que la angustia se produce cuando el determinismo del E-R se ve afectado por la aparición del lenguaje y la consiguiente libertad, lo que intentará el ser humano es recrear la linealidad del esquema E-R, pero en el plano de la trascendencia, plano en el que habita: *producirá sentido como (intento de) determinación lineal de la interpretación*. Es decir, el sentido es una clave o dirección de interpretación, una forma de ligar linealmente

---

2 El instinto no excluye la decisión. El animal *decide*, en cierto modo, si ataca o no, sopesando estímulos. En nuestro caso, el puma deberá “evaluar” la presencia de contrincantes, la posibilidad de alcanzar la presa, etc. Animal no quiere decir falta de decisión, así como humano no significa falta de instinto. La diferencia está en *cómo se relaciona lo decisional con lo instintivo*. En lo animal, la relación es directa. En el humano, la relación está mediada por la cultura (lo simbólico).

3 La comunicación animal como código de señales la presenta Benveniste (2001), así como su contraste con el lenguaje humano.

4 Las nociones de angustia frente a la libertad, de vacío, de trascendencia, no son desarrolladas por falta de espacio. Para un desarrollo se puede consultar Sartre (2005).

5 Para Freud esa “unidad originaria perdida” sería, a nivel ontogenético, la unidad del bebé con la madre, y, a nivel filogenético, el que aquí nos interesa, la unidad de la humanidad con la naturaleza, perdida con la aparición de la cultura. Ver Freud (1988). Por su parte, Fromm (2003) recupera el motivo de la unidad con la naturaleza como el paraíso perdido.

ciertos “estímulos” con ciertas “respuestas”, y de este modo eliminar la angustia de la libertad.<sup>6</sup> *La historia de las culturas es la historia de los sentidos, siempre insuficientes, contruidos por los seres humanos*. Construcción de sentido que siempre entrará en disputa, pues, por definición, el sentido aspira a lo *absoluto*, a no dejar resquicio vacío, al universal reconocimiento: aspira, en fin, a la condición de la misma naturaleza. Pero, por definición también, es *relativo*, es finito, es incompleto, es humano.

Esta presentación intenta meternos en la dimensión del debate sobre el sentido, en sus diferentes usos: sentido del lenguaje, sentido de una acción, sentido de la vida. La construcción y disputa de sentido en cada uno de estos planos (lingüístico, ético, ontológico) es correlativa a nuestra misma humanidad. Y seguramente seguirá siéndolo. De no serlo, estaríamos frente a un “animal pos-histórico”, que sólo es posible en términos hipotéticos.<sup>7</sup>

En este trabajo realizaremos un recorrido que intenta *reconstruir la ligazón intrínseca entre el problema lingüístico y el problema existencial en la cuestión del sentido*. Para ello partiremos de lo más inmediato en el lenguaje, el signo, y la función de significación, para ir arribando a la noción de sentido que nos interesa. Nuestra tesis es que el *significado* es la atribución de valor unilineal a un signo, atribución que se pone en tensión en *contextos* determinados, y nos revela la existencia del *sentido* como determinante lineal de la interpretación, como clave que intenta eliminar la angustia. Tarea que se muestra inherentemente irresoluble y provisoria como característica de la condición humana.

### **El signo como moneda**

Comenzaremos nuestra investigación por la noción de significado. Parafraseando a Aristóteles, podemos decir: “significado” se dice de muchas maneras. Por ej., existe la pregunta por el *significado* de un término en lengua extranjera (por ej., “¿qué significa *water*?”). O el pedido de desambiguación en el uso de un término (por ej., “con qué *significado* utilizás el término “banco” cuándo decís que encontraste a Juan en el *banco* de la esquina”). O bien la pregunta por el *significado* de un término desconocido (por ej., “¿Qué significa “astrolabio?””). Cada uno de estos usos de “significado” la podemos definir por el tipo de respuesta que demanda: la primera, una *traducción*; la segunda, una *aclaración*; la tercera, una *definición*. Así,

---

6 “Estímulo” y “respuesta” van apostrofados en este caso como forma de diferenciarlos del uso habitual, aplicado a entornos naturales, al estado animal. En el caso humano, ambos, estímulo y respuesta, son *siempre* signos lingüísticos. La realidad, para el ser humano, siempre está mediatizada por el lenguaje, y ya no hay estímulo ni respuestas “puros”, naturales, inmediatos. El ser humano sentirá el hambre como “hambre”, y no meramente como una incomodidad en el estómago.

7 Este término, acuñado por Kojève a mediados del siglo XX, está asociado a la idea del fin de la historia, que este autor retoma de Hegel. Ambas nociones hicieron escuela en el posmodernismo, y, sobre todo la segunda, se popularizó en la obra de Fukuyama durante los '90. Creemos que ya en la presentación hecha, si bien de carácter general, se vislumbra que estas ideas son, desde nuestro punto de vista, *antropológicamente* erróneas. Confiamos en que cualquier pos-historia (como pensamiento único, como sentido absoluto) que se postule siempre será socavada por la subversión del lenguaje y la cultura (o sea, de lo humano inacabado), y la historia no se detendrá. Para la noción de “animal pos-histórico” se puede ver Kojève (1947).

podríamos desglosar seguramente mucho más los diferentes usos del término “significado”, y estos nos aproximarían a una definición más ajustada. Por lo pronto, intentaremos encontrar, en estos tres usos expuestos, ese *aire de familia*<sup>8</sup> que habilita a que a esas tres diferentes acciones le asignemos el mismo término, “significado”.

En los usos propuestos, observamos que, de mínima, debemos considerar que la indagación por el significado implica la puesta en relación de dos instancias verbales.<sup>9</sup> Una, lo accesible de modo inmediato, lo que tenemos “a la vista”, que llamaremos *significante*, y cuya cualidad es, en principio, que *refiere a otra instancia*, que permanece en cierto modo oculta. Es, pues, al significante al que indagamos por esa otra instancia, que se revela como el *significado*. Son dos caras de una misma moneda: significante y significado.

*Ahora bien, la acuñación de esa moneda es el acto de significación, y ella considerada en su totalidad es el signo.* O sea, un puro significante no es un signo, sino porque conocemos su significado. Por ej., una flecha es un signo porque conozco el/los significado/s atribuido/s a la misma. Mientras que si tomo un lápiz y dibujo en un papel una flecha inédita esta no será un signo, ya que no significa nada. Naturalmente puedo atribuirle significado (por ej., cada vez que vea esa flecha debo pararme y dar un salto), y desde ese momento será un signo.

Sin embargo, esto no se resuelve de modo tan sencillo. Intentaremos graficar la relación ideal entre las partes del signo, y veremos dónde nos conduce. El significado de un término, de una expresión, en los usos propuestos (traducción, aclaración, definición) es tautológico, porque es el mismo significante dado vuelta (no hay diferencia *esencial* entre “triángulo” y “polígono conformado por tres lados cuyos ángulos internos forman 180°”). Aun así, en ese dar vuelta la moneda se revela algo en definitiva: la otra cara de la moneda. Dar vuelta la moneda es el acto de traducción-aclaración-definición. Hasta ahí es claro, pero ¿encontraremos siempre lo mismo cuando damos vuelta esa moneda? ¿Es la relación entre esas dos instancias lineal?

Sigamos con la metáfora de la moneda, a ver hacia dónde nos conduce. Dijimos que al igual que una moneda, *el signo fue alguna vez acuñado* (a un significante se le adjudicó significado): es el *acto de significación*. La acuñación metálica es en condiciones normales impercedera: de no serlo, la moneda no tendría valor de intercambio. Lo mismo ocurre con el signo, sus caras son permanentes, pues un signo que cambie de caras no significaría en definitiva nada y no serviría como signo. Además, para tener valor, la

---

8 Wittgenstein introduce esta noción para referirse a *eso común*, indefinible, entre algunos términos, y que permite el pasaje de un juego de lenguaje a otro. Creemos que se podría aplicar a este caso, puesto que los diferentes usos propuestos hacen parte de diferentes juegos de lenguaje: el de la traducción, el de la aclaración, el de la definición. Para la noción de *aire de familia* y juego de lenguaje, puede consultarse Wittgenstein (1998).

9 *Ibidem*. Siguiendo a Wittgenstein, reducimos toda función del lenguaje, incluido lo ostensivo, a lo verbal. Así, por ej., el significado del término “mesa”, no es la mesa *real* de madera (lo ostensivo), sino una definición en fin siempre verbal. O sea, nos es imposible *salir* de lo verbal *hacia* el mundo. Nuestra relación está siempre mediada por el lenguaje, como dijimos arriba. No vamos a desarrollar aquí esa reducción de lo ostensivo a lo verbal por falta de espacio, pero se puede encontrar en la obra citada.

moneda requiere un mismo sello, reconocido por todos; lo mismo ocurre con el signo: yo puedo significar/acuñar lo que quiera, pero para que tenga valor de intercambio, debe ser un sello compartido. Esta característica de permanencia dada por el carácter metálico de la moneda y la uniformidad por el sello son fundamentales: ¿de qué serviría una moneda que mutase permanentemente sus caras, o que, para el mismo valor, tuviese infinitas caras variadas, acuñadas por sellos diferentes? Esa moneda, en efecto, no serviría a sus fines.

Exactamente lo mismo ocurre con el signo: la relación entre sus caras (significante y significado) debe ser *unilineal* y *permanente* para que sirva como signo. Imaginemos que el rojo del semáforo signifique para algunos adelantar, para otros frenar, para otros hacer marcha atrás con el coche, etc. Que sea *unilineal* quiere decir que para todos signifique frenar (y sólo frenar). Por otro lado, imaginemos que por decreto el rojo pasa a significar a veces frenar y a veces acelerar; sería también caótico, y no cumpliría sus fines como signo. Que sea *permanente* quiere decir que siempre significa frenar. Esas son dos condiciones elementales para un signo ideal.

### **Del signo ideal a la crisis del signo**

Pero en la vida del lenguaje y las personas no todo es tan claro y preciso. Pues al igual que una moneda usada va perdiendo el contorno de sus imágenes por el desgaste, el uso cotidiano del lenguaje desdibuja la nitidez ideal de las caras del signo y las hace confusas. Esa es la *ambigüedad* de algunos signos. Dos signos pueden ser diferentes, pero ofrecer a simple vista la misma cara: por ej., el término “banco” puede significar dos cosas absolutamente distintas: un asiento o una entidad financiera. No son el mismo signo con dos significados: son signos completamente distintos, con una apariencia de similaridad en su significante (que en otras lenguas no conservan: por ej., en inglés, a los dos sentidos de “banco” le corresponden los términos *bench* y *bank*). La ambigüedad pone en cuestión el requisito de ser unilineal, ya que precisamente muestra que para un significante puede darse el caso de que haya varios significados, o viceversa, con lo que se rompe ese correlato lineal ideal. Pero el caso de ambigüedad no afecta tanto la vida del signo ya que es en cierto modo excepcional, y requiere sólo de una desambiguación.

En cambio, la violación del segundo requisito, la *permanencia*, plantea un desafío serio a lo desarrollado arriba sobre el signo. Pero, ¿es que un significante puede no significar lo mismo todo el tiempo? De nuevo, al igual que una moneda, que en condiciones especiales (punto de fundición del metal en el calor de la fragua metalúrgica) puede ser reimpresa en sus caras, el signo puede ser siempre resignificado en ciertas condiciones especiales que denominamos *contextos*. El/los contexto/s rodea/n siempre la enunciación de todo signo, así como la temperatura rodea siempre la utilización de una moneda. Pero ese sentido laxo de contexto y temperatura no nos importan aquí, sino esas condiciones especiales que permiten la resignificación, la reacuñación. Abajo veremos de qué se trata.

Por lo pronto, con lo dicho, parece caerse todo el andamiaje que sostiene la existencia del signo: *si el signo muta, entonces el significante, ¿qué significa?* La certeza sobre la otra cara de la moneda se cae: ya no sabemos qué encontraremos. Sin embargo, el signo se sostiene, porque este fenómeno se da sólo en ciertas circunstancias situacionales y lingüísticas, porque de ser permanente la misma existencia del signo resultaría obsoleta. Pero, ¿cuáles son esas circunstancias especiales? ¿Por qué se producen?

### **El sentido como sistema de valor**

Para intentar explicarlo extenderemos la metáfora de la moneda a todo el sistema monetario. La moneda vale, además de por ser uniforme y permanente, por estar hecha con un sello compartido en cierta región, por caso, un país y su sistema monetario. Pero precisamente esa *cierta región delimitada* por un sello compartido, implica que afuera de ella esa moneda no *vale nada*. O sea, que *la pertenencia a un sistema monetario es lo que le da valor a una moneda*. Ese hecho para quién siempre vivió sumergido en esa región pasa por un hecho desconocido: cree que su moneda es universal. Pero en ciertas circunstancias esa creencia errónea, cae. Por ej., si intenta usar sus pesos fuera del país, esa circunstancia especial le revelará la existencia de diferentes sistemas monetarios. *En otros términos, se le revela que su signo puede no valer nada fuera de su comunidad, de su sello compartido.*

Algo similar ocurre con el lenguaje. Mientras habitamos en *cierta región delimitada* (por una profesión, por una lengua, por una experiencia común, etc.) del lenguaje, creemos que sus signos son universales. Pero al entrar en contacto con otras regiones y trayectorias vivenciales, se pone en tensión el valor de esos signos. Lo que para mí/nosotros significaba algo, puede pasar a significar otra cosa o, lo que es más traumático, nada. Esos contactos entre regiones del lenguaje son esos *contextos especiales* a que nos referíamos. Ellos nos arrojan a la cara la precariedad de nuestro sistema de valores, la relatividad de lo que creíamos universal. Así como una moneda, por más que esté intacta, no vale nada fuera de su sistema monetario, del mismo modo un signo, por más que tenga significante y significado, con una relación unilínea y permanente, no *vale nada* fuera de su sistema de intercambio. *Esa ubicación en un sistema, que le da valor al signo, es el sentido*. Por ello se da el caso, en apariencia paradójico, de saber el significado de un signo, pero no su sentido. Por ej., cuándo alguien dice, “Entiendo lo que dice/hace, pero ¿qué sentido tiene?”. *La puesta en relación de ese/esos signo/s puntuales con una totalidad, es lo que le da valor al signo, lo que le da sentido.*

En síntesis, permanentemente creamos y modificamos socialmente diversos sistemas de intercambio de signos/monedas de los que somos parte. Intercambiamos signos con nuestros amigos, con nuestra familia, con nuestra pareja, en nuestro trabajo, recibimos signos en la vía pública y medios de comunicación, etc. Hay sistemas de cambio comunes a todos ellos (por ej., la lengua española), pero también sistemas de cambio que usaron un sello único e intransferible (por ej., los signos cómplices que sólo una pareja de enamorados puede entender). Así, cuando un signo entra en tensión en ciertos

contextos, hace falta buscar el sentido del mismo, su ubicación en la totalidad a la que pertenece. O sea, en qué sistema de valores se encuentra, o fue acuñado, ese signo. Con ello, se elimina la tensión, una vez que logró darle a la expresión o acción su lugar en el sistema de valor al que pertenece.

### ***Quizá detrás de la moneda esté Dios***

Los diferentes sistemas de cambio, algunos parcialmente superpuestos, convergen todos en un único punto, en el individuo. En definitiva, esos sellos, aunque compartidos, viven y se reproducen en la mente de cada uno/a de nosotros/as. Por eso, aunque muchos sellos, tal vez la mayoría, sean realmente impuestos, el sellado corre al fin por nuestra cuenta. Esto nos lleva a dos consecuencias. El sentido vale porque es compartido, comunitario, delimita una región, en la cual es *universalmente* válido.<sup>10</sup> Pero por otro lado, al habitar el sello radicalmente en mi individualidad, es, a su vez, el signo radicalmente *relativo*. Así, tenemos que el sentido, que da valor al signo, es un absoluto/relativo. Permanentemente socava lo que afirma. Intenta mostrarse como un no arbitrario (necesario), pero resulta ser siempre un arbitrario (contingente). Intenta instalarse como verdad, pero es desmentido inherentemente.

Pero, ¿qué es lo que lo socava? Que *el sentido no sobrevive a la pregunta por su propio sentido*. O sea, por qué vale cierto sistema de valor. A la pregunta por el valor del sentido, del sistema de valor, desde el lenguaje no sabemos cómo responder, y hacemos lo que sabemos/podemos hacer: significar. Hacer del sentido, un *significante de algo más profundo, oculto: un significado trascendental*. El lenguaje cae en su propia trampa: procura recrear el esquema lineal E-R de relación inmanente con el mundo, pero no puede evitar trascender en el acto de significación.

Es un asunto sin respuesta definitiva; o mejor: la respuesta es Sísifo subiendo la roca por la montaña, y volviendo a caer una y otra vez. El signo, puesto en tensión en ciertos contextos, y el sentido puesto en cuestión con ciertas experiencias,<sup>11</sup> nos señalan nuestra propia condición humana: son una *unidad dividida*. Algo que remite a otra instancia, son pura vectorización, que tiene valor en un sistema que se termina manifestando precario, y que toma valor en otro trascendente. Así nosotros, puro signo, cobramos valor en un sistema que nos creamos al efecto: el *sentido de vida*. Pero así como la condición del signo es ser unilineal e imperecedera, pero se revela ambiguo y perecedero, así el sentido, que por su propia condición no puede ser arbitrario, y se lo asume porque parece ser el único válido, el acertado, el más ajustado a una realidad inaccesible, *se revela finalmente a la luz de la historia por completo arbitrario*. Artistas y filósofos/as, religiosos/as y ateos/as, generación tras generación, se encuentran en la misma búsqueda: *la construcción de ese sentido (fundamental) que no se revele finalmente arbitrario*. A diario cada de uno de nosotros y nosotras intentamos salir de la crisálida de nuestra interioridad, y volver a la inmanencia de un sentido

---

10 Vale señalar que el carácter de *región delimitada* ya podría servir para, sin introducir la individualidad, relativizar esa universalidad.

11 Entre esas experiencias que ponen en crisis los sentidos construidos podemos enumerar, por ej., las situaciones límites (muerte, enfermedad, etc.), el choque entre culturas, ciertos avances científicos, etc.



unilineal, indiscutible, de relación con el mundo (y principalmente con los otros, como parte del mundo). Pero el ser humano es, en definitiva, un ser meta-físico, lo que en una acepción literal quiere decir que va más allá (*meta*) de la inmanencia de lo físico.

Hay una unidad, una inmanencia, una moneda sin caras que no podemos acuñar. Se ha intentado esa unidad negando el lenguaje. Se trata de los místicos de la teología negativa, entre otros.<sup>12</sup> Si tuvieron razón no lo sabemos pues ello sería por definición incomunicable. Y difícilmente una respuesta definitiva, sea lo que sea esto, niegue la comunicación, y con ella, lo social y lo humano. Ha habido otros intentos de alcanzar la unidad sin el lenguaje. Podemos mencionar a la meditación en las religiones brahmánicas (hinduismo, budismo, jainismo), como camino a la unidad con el todo mediante la negación de la conciencia/lenguaje. Otra alternativa es la que Fromm ha planteado como una vía que no apela al lenguaje sino al amor.<sup>13</sup> Se trata también desde un lugar no lingüístico, pero que en vez de rechazar lo social, hace de su afirmación el sentido de la existencia.<sup>14</sup> No importa aquí juzgar si tuvieron razón o no. En todo caso nos interesa señalar como se han intentado formas *en* el lenguaje,<sup>15</sup> *contra* el lenguaje, y *sin* el lenguaje de plantear un problema, que, mientras tanto, como un Zahir que no podemos olvidar, nos obsesiona, generación tras generación. Como dice Erich Fromm, el ser humano:

Se ve empujado a superar esta división interna, atormentado por una sed de “absoluto”, con una nueva armonía que logre levantar la maldición que lo separó de la naturaleza, de sus semejantes y de sí mismo. (Fromm, 2003, p. 54)

### **Bibliografía**

- Benveniste, E. (2001), “Comunicación animal y lenguaje humano”. En *La comunicación*. Trad. Juan Almeida. Siglo XXI. Mexico.
- Borges, J.L. (1949), “El Zahir”. En *El aleph*. Losada. Buenos Aires.
- Freud, S. (1988), “El malestar en la cultura”. En *El malestar de la cultura y otros ensayos*. Trad. R. Rey Ardid. Alianza. Madrid.
- Fromm, E. (2000), *El arte de amar*, Paidós, Madrid.

---

12 Incluimos en el teología negativa a los pensadores cristianos místicos que van de Dionisio (pseudo) Areopagita, en el siglo V-VI a Meister Eckhart, en el siglo XIII-XIV. Vale señalar que el pensamiento místico no rechaza la razón, sino que la hiper-afirma, y la unidad la encuentra en la trascendencia.

13 Esta concepción del amor la presenta en Fromm (2000). Esta unidad, Fromm como materialista, intenta que sea inmanente.

14 Una variante de esta opción, sin dudas, es la adhesión militante a teorías que proponen una praxis revolucionaria en la sociedad. La unidad aquí viene dada por la fusión en un todo más amplio, un colectivo social (partido político, clase trabajadora) y un lugar en la historia (ser portadores de una misión que trasciende al individuo).

15 Todas las teologías y doctrinas de sentidos absolutos en torno a los cuales se construye la historia oficial del pensamiento occidental.

Fromm, E. (2003). *Ética y psicoanálisis*. FCE, México.

Kojève, A. (1947), *Introduction à la lecture de Hegel*. Gallimard. Paris.

Sartre, J.P. (2005), *El ser y la nada*. Losada, Madrid.

Wittgenstein, L. (1998), *Los cuadernos azul y marrón*, Trad. F. Gracia Guillén, Tecnos. Madrid.